



La traducción de fin de siglo:
los nuevos desafíos del espacio
comunicativo fragmentado

Alejandra Gabriela Palkiewicz,
UBA.

Nuevos desafíos del espacio comunicativo fragmentado

Sin lugar a dudas nosotros los traductores somos seres afortunados –casi diría privilegiados– capaces de recorrer enormes distancias intra e interculturales y pasear por ellas levemente, adentrándonos en sus rutas amplias así como en sus meandros y recovecos para luego salirnos, enriquecidos, y ofrecer todo nuestro bagaje vivencial a quienes reciben el producto de nuestro trabajo.

La vida nos ha regalado el don del logos multiplicado, lo que nos permite no sólo comunicarnos en primera persona con el otro, con aquel que no se nos parece, sino también partícipes –y en cierta medida también artífices– de la comunicación de dos otros, más o menos parecidos a nosotros. ¿Cuánto de nosotros hay, cuánto dejamos en esa comunicación ajena, que no nos pertenece completamente, pero que sin nosotros habría sido otra o, simplemente, no habría sido?

Yo creo que mucho hay de nosotros en cada una de nuestras traducciones, que siempre reflejan algo nuestro. El hombre, como decía Sartre, está condenado a elegir constantemente –pues hasta el no optar por algo implica una elección–. Y el traductor, otro tanto. A cada momento, en nuestro trabajo, nos encontramos frente a la posibilidad de emplear distintos giros y palabras, distintos tiempos verbales y estructuras lingüísticas para expresar los conceptos, ideas y emociones del texto origen. ¿Cómo conformamos nuestro abanico de opciones? ¿Qué nos lleva a privilegiar algunas sobre otras? Naturalmente, aquí entran en juego la competencia lingüística y el celo profesional del traductor, sus vivencias y su sentir respecto de las lenguas y las culturas implicadas, el consenso imperante en ese momento, etc.

Como seres humanos que somos, somos producto de nuestro tiempo, y no podremos nunca –quizá afortunadamente– desligarnos completamente de él. Esto explica pero no implica, por ej., las distintas elecciones llevadas a cabo para los títulos que se le dieron en español a una película muy conocida que en la Argentina –y probablemente en toda Latinoamérica– se llamó *La guerra del fuego*, mientras que en España se la tituló *En busca del fuego*. Es notoria la diferencia ideológica entre ambos títulos (que se suponen representativos del contenido), y es que los contextos en los que se exhibió eran muy divergentes. Esta película se estrenó en los años '80, cuando las realidades políticas y sociales de ambas latitudes eran muy diferentes: mientras en la Argentina y en Latinoamérica imperaban los regímenes militares, los españoles afianzaban su gobierno democrático.

Cada una de las pequeñas o grandes elecciones que llevamos a cabo en nuestro trabajo diario se convierte en una marca de nuestro paso por el discurso del otro. Tal ha sido siempre la esencia de la traducción: viaje –a veces en aguas serenas, otras tempestuosas– inmersión y compenetración con el discurso del otro, apropiación del discurso del otro para entregarlo después, ya comprensible a quien lo espera.

Nuestra tarea de comunicadores de y entre culturas ha sido desde siempre multifacética y compleja, como la realidad misma. Hoy, en tiempos de la planetarización de la cultura, la globalización y regionalización de las economías y los mercados, de los medios de comunicación de masas y de las nuevas tecnologías, nuestro espacio comunicativo se presenta fragmentado y nuestro viaje traductor, si

bien continúa su esencia, se desarrolla en un escenario atomizado, en el cual una multiplicidad de factores (algunos novedosos, otros no) interactúa constantemente, impulsándose e incluso generándose unos a otros. Quisiera hoy detenerme un momento en algunos de ellos y compartir con ustedes algunas breves reflexiones que pueden acompañarnos en cada viaje, ayudándonos a valorar más ampliamente nuestro rol y nuestras responsabilidades dentro del siglo XXI, en la era de la comunicación.

Es dentro de una comunidad cultural donde el hombre se desarrolla como tal, vive su vida plenamente y da de sí cuanto es capaz de dar, de crear y producir, junto con otros hombres. Desde su nacimiento, como respuesta a una necesidad básica de comunicación, cada lengua ha sido principalmente vehículo de cultura pero también, y al mismo tiempo, creadora de cultura, producto humano por excelencia. Con el auge de las comunicaciones que se ha producido en estos últimos años, esta relación se ha modificado, y la lengua adquiere cada vez más un rol preponderante en el segundo aspecto, es decir, en la creación y "orientación" de la cultura, entendida como producto colectivo. Pero no obstante, no todas las lenguas están desarrollando actualmente su capacidad creativa, sino que unas pocas imponen los frutos de su creación a las demás. Asimismo –en otra escala– dentro de cada comunidad de hablantes, sus miembros no tienen igual participación en ese proceso de creación. Son diversos los mecanismos que hacen que, dentro de un grupo social, algunos sectores logren "contagiar" sus patrones de pensamiento y de expresión. Persuasión, disuasión, presiones económicas y/o políticas, admiración, potencial uso de fuerza física, etc. son sólo algunos de los factores que influyen en este proceso.

Nos encontramos así frente a dos fenómenos básicos para nuestras sociedades contemporáneas: una nueva forma de colonialismo y dependencia –el colonialismo cultural– y esa pretendida igualdad de oportunidades de participación de los ciudadanos en la vida democrática que se nos presenta como una realidad virtual, una ilusión que, siendo mera entelequia, no podría nunca encontrar su realización fáctica.

No todos los países producen "comunicación" en la misma medida. Hay grandes centros que tienen una industria exorbitante de productos para los medios de comunicación masiva, y los exportan a todo el mundo. Junto con ellos exportan su cultura, sus valores, sus ideologías, sus conductas y formas de vida. Estos productos llegan a tener una difusión tal en los países receptores que determinan en ellos, a la larga, se adopten nuevos códigos de comunicación y de conducta, que no son creación espontánea de un pueblo y no responden por lo tanto a su identidad cultural ni, lo que es peor, tienen con ella una continuidad. La explotación de esta situación, como es sabido, puede llegar a extremos inimaginables en pos de utilidades económicas o ventajas políticas.

En este contexto, la palabra constituye cada vez más un instrumento de poder: sin comunicación no hay intercambio posible, ni interacción. Pero en gran medida –y quizá en forma decisiva– influye también la necesaria presunción de verdad que acompaña al discurso. Es necesaria porque si presumiéramos falsa la

palabra del otro no habría comunicación, nos faltaría el consenso común sobre el cual asentamos el proceso de comunicación.

Correctamente exaltada, esta presunción de verdad puede dejar de ser presunción para convertirse en certeza, lo que puede llegar a resultar en que el significante ocupe el lugar del significado cuando este último ni siquiera existe, en una construcción independiente de la realidad que sin embargo tiende a producir modificaciones en la realidad misma. Esto es así en todos los ámbitos de la vida. Por ejemplo en el ámbito político –en el que el discurso ha pasado a ocupar un lugar primordial– esta presunción de verdad cumple un rol fundamental, especialmente durante las campañas proselitistas (recordemos que la elección de los representantes por parte del pueblo es uno de los ejes del sistema democrático) y cuando los representantes de los distintos partidos –gobierno u oposición– deben justificar su accionar. En el ámbito económico, sin ir más lejos, sólo quien posee el "logos" puede comerciar todo tipo de mercaderías donde sea más conveniente, y fomentar (por ej., a través de la publicidad en sus varias formas) nuevas necesidades o recrear las ya existentes para vender sus productos.

Sin embargo, en la era de la comunicación, no son muchas las personas que realmente pueden expresar correcta y claramente sus ideas (o, si la situación así lo requiere, en forma deliberadamente confusa) incluso en su lengua materna. Esto se debe a distintas causas, entre las que podríamos citar el auge de la comunicación audiovisual, la pasividad del receptor de los mensajes transmitidos por los medios de comunicación masiva, la crisis de la educación, etc.

Hay también otro fenómeno –más periférico quizás pero no por eso menos importante para nosotros los traductores–, y es que la comunicación verbal es cada vez más mediática. Este aspecto va adquiriendo cada vez más preponderancia sobre otros de la comunicación como el contacto físico, lo gestual, la cercanía en el espacio, la elección del lugar y el momento para el encuentro con el interlocutor, etc., que hacen que nuestra comunicación sea más nuestra, con todo lo que la sensación de pertenencia acarrea consigo en cualquier lugar del mundo.

Finalmente, no por remanida debemos dejar de lado la cuestión del acceso desigual a los medios de comunicación. ¿Qué posibilidades reales de hacer conocer su propuesta, su eventual disenso tiene la gran mayoría de los ciudadanos, si no tiene acceso a la difusión masiva de su mensaje? Hoy en día, ¿cuánto puede prescindir una persona de lo incorporado a través de los medios en la formación de su opinión?

Son entonces cada vez menos las personas que realmente pueden tener acceso al ejercicio del poder en nuestras modernas sociedades democráticas, las más de las veces sin que los "excluidos" se den siquiera cuenta de su condición de tales. Podríamos hablar en este caso de una forma más de alienación, de las tantas que nos ofrece la sociedad actual. Y dicho sea de paso, si sentimos como alienada a la persona que aun habiendo tenido escolarización no logra expresar correctamente sus pensamientos, sus sentimientos, qué podríamos decir de la persona que no sabe ni leer ni escribir.

Ni la traducción ni la terminología están ajenas a este proceso sino que forman parte de él. La demanda de traducciones crece en forma vertiginosa a medida que se achican las distancias y se eliminan las barreras al intercambio entre países. Asimismo, cada vez son mayores la creación y el desplazamiento de tecnología, lo que acarrea necesariamente su traducción. Por otra parte, la superespecialización en los distintos campos del saber conlleva la generación –en parte consciente, en parte espontánea– de terminología específica.

Esta voluminosa producción de terminología presenta dos caras. Por un lado, su claridad y precisión permiten que continúe el desarrollo de la tecnología y que ésta sea transmisible. Este aspecto debería tener como contrapartida su adecuada sistematización y difusión. Por diferentes causas ello no sucede y la terminología de especialidad provoca, por lo general, el surgimiento de una "élite" que la conoce y domina. Los no "elegidos" se ven forzados de todos modos a utilizarla, o a aproximarse a ella, y lo hacen en modo impreciso e inseguro. Esto crea una gran confusión que tiene como consecuencia necesaria el que dicha terminología termine muchas veces perdiendo su precisión originaria.

Esta confusión afecta a todos los ámbitos profesionales debido a la interdependencia entre las distintas disciplinas; y particularmente a la traducción, ámbito en el que se manifiesta –entre otras cosas– como una gran dispersión de esfuerzos. En esta situación, el traductor muchas veces no puede seguir el ritmo de la superespecialización de la tecnología y termina atrapado en esa telaraña de términos y conceptos, lo que frecuentemente hace que las traducciones pierdan en claridad y calidad.

Pero no todas las lenguas producen terminología en las mismas proporciones. La falta de la terminología correspondiente en los distintos idiomas constituye uno de los factores más importantes que conducen a la contaminación de las lenguas (especialmente de aquéllas en las que no se produce tecnología) por "importación" de vocablos y hasta estructuras de la lengua creadora de tecnología. Así, las nuevas formas no sólo no son fruto de una producción colectiva de la comunidad hablante sino que además son adoptadas y sentidas solamente por algunos miembros de ella. Este fenómeno permite, sí, una mera utilización de la tecnología –que nunca es tan masiva como se pretende–, pero reduce también las posibilidades de innovación por parte de la comunidad "importadora". El español es una de las lenguas más afectadas por este proceso, ya que la producción de tecnología en español es casi nula, y paradójicamente es uno de los idiomas más hablados en el mundo, abarcando una amplitud geográfica y cultural muy grande.

La creciente difusión de los programas de traducción automática y de las herramientas informáticas para la traducción (bases de datos –terminológicas o de otros tipos– que se pueden consultar desde cualquier rincón del mundo por Internet, diccionarios informatizados, bases de datos en CD ROM, etc.) nos hace acceder a instrumentos que pueden ayudarnos a resolver problemas y aliviar en muchos casos nuestra tarea. Al usarlos, de todos modos, no debemos perder de vista el criterio cuantitativo al que responden, pues tiene no pocas implicancias para nosotros.

La afirmación de la tendencia a normalizar el acervo expresivo de las lenguas cuantificándolo se traduce, por ejemplo, en el abuso de la medición de la frecuencia de aparición de las palabras. Esta técnica, que puede resultar muy útil a la hora de realizar estudios sociolingüísticos, de lingüística aplicada u otros, nos puede llevar a resultados diversos. Muchos diccionarios consideran hoy en día que es digno de aparecer en ellos (y por ende, de ser transmitido y perpetuado) sólo aquel número determinado de vocablos que según el vaciado previo de los dos o tres periódicos y revistas de mayor circulación en un país durante un período determinado hayan resultado ser los más frecuentes. Es fácil imaginar las consecuencias que esto produce cuando un diccionario así obtenido, por motivos de mercado u otros, llega a tener una gran difusión. Como hablantes que somos de una lengua y en particular como traductores, usuarios por excelencia de diccionarios, no podemos olvidar estos procedimientos a la hora de la consulta y la elección.

Sin caer en una postura determinista a ultranza, creo que "el ser" que puede ser comprendido es lenguaje, y todo lo que viene al lenguaje es entendido como algo. No podemos soslayar que las estructuras lingüísticas determinan en gran medida nuestros patrones de pensamiento, y que es prácticamente imposible pensar algo que no existe en el lenguaje. Todos los que trabajamos con el lenguaje, y en forma particular los que creamos lenguaje, tenemos en nuestras manos una herramienta muy poderosa que nos permite transmitir y proponer pautas, y en algunos casos hasta dictarlas. La medida dependerá de la difusión que alcance nuestro mensaje y de la recepción que efectivamente se haga de él. Hoy en día podríamos decir que la difusión es siempre masiva –por lo menos potencialmente– con toda la responsabilidad que ello agrega a nuestra tarea de comunicadores sociales.

En efecto, elegir las pautas a transmitir no suele ser la parte más liviana de nuestro trabajo pero forma parte de él; es el desafío que aceptamos cada día, la aventura cotidiana que hace nuestro trabajo más vivificante y enriquecedor. En nuestra dimensión comunicativa de fin de siglo, atomizada y agrietada por la multiplicidad de formas de comunicación cada vez más mediatizadas, el bombardeo de información al que nos someten los medios y la brecha cada vez mayor entre la palabra y la materialidad, nuestro viaje traductor nos permite recomponer –aunque sea fugazmente– los fragmentos multicolores de este mosaico, en un equilibrio renovado que nos alimenta y nos da el brío necesario para emprender el próximo.

A la luz de estas breves reflexiones –y otras, que exceden el tiempo destinado en este encuentro–, creo que es necesario reconsiderar nuestro rol. Las industrias de la lengua van produciendo nuevos tópicos que nos llevan a relegar esa figura del traductor que desde la quietud de su recinto trasciende amablemente las fronteras culturales, geográficas e ideológicas, la cual, sin embargo, probablemente ha influido sobre muchos de nosotros a la hora de elegir nuestra profesión.

En la medida que se transforma el rol de la lengua, forzosamente debe cambiar también el del traductor, con las ganancias y pérdidas que ello conlleva. Afortunadamente, la vía no es unidireccional y, por lo tanto, todos y cada uno de nosotros aportamos diariamente nuestra contribución.

En medio de este escenario que muchas veces puede parecerse caótico, entre plazos de entrega reñidos con la reflexión, presiones varias, ritmos y condiciones de trabajo muchas veces "acrobáticos", diccionarios que no logran dar con el término que presentimos adecuado, computadoras e impresoras que no funcionan en el momento crucial, elecciones decisivas casi nunca fáciles y mil peripecias más, finalmente logramos siempre vislumbrar la ruta a seguir en cada recorrido. Podemos entonces emprender cada vuelo con la alegría y la esperanza de quien se apronta para realizar el viaje con el que siempre soñó, hacia algo más bello y enriquecedor, y por qué no paradisíaco, si total, soñar no cuesta nada.